

ALDEA
LITERARIA

La Chica de 2.º B

CHRISTIAN GRENIER



**ALDEA
LITERARIA**

La Chica
de 2.^o B
CHRISTIAN GRENIER

**ALDEA
LITERARIA**

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Traductora: Valeria Castelló-Joubert

Correctora: Cecilia Biagioli

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diagramación: Natalia Udrisard

Imagen de tapa: Thinkstock

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Grenier, Christian

La chica de 2^o B. - 2a ed. 3a reimp. - Boulogne: Cántaro, 2015.
128 p.; 20 x 14 cm - (Aldea Literaria; 527)

Traducido por: Valeria Castelló-Joubert
ISBN 978-950-753-328-0

1. Narrativa Francesa. 2. Novela. I. Valeria Castelló-Joubert, trad.
CDD 843

Título original: *La fille de 3ème B*

Series Rageot Metis

© Rageot Éditeur - Paris, 1995-2003

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2012

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Quede hecho el depósito que dispone de la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-328-0

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

LaChica
de2.ºB
CHRISTIAN GRENIER



“De a dos, el mismo recuerdo cobra otro relieve.
Porque no es exactamente el mismo”.

El pianista sin rostro

Viernes 16 de septiembre

—¿Alguno de ustedes toca un instrumento?

El profesor de música es nuevo: se llama señor Bricart. Ya en la primera hora de clase, escribió su nombre en el pizarrón. Si hizo esa pregunta enseguida, es porque la clase está compuesta únicamente por alumnos voluntarios. La música, cuando uno tiene quince o dieciséis años, se vuelve optativa. Ya no es algo importante, como las matemáticas o la física... Uno puede, en teoría, vivir sin ella. Yo no.

Esperé, sin embargo, unos segundos antes de levantar la mano. Así, no me hacía notar demasiado. Y menos todavía, porque había llegado tarde a clase. Y, en consecuencia, había tenido que sentarme adelante de todo.

La sonrisa del señor Bricart se había ensanchado. Ay, no había duda: me estaba hablando a mí.

—¿Su nombre?

—Dhérault. Daniel Dhérault.

Me di vuelta.

¡Cómo! ¿Treinta y dos alumnos de todas las divisiones de tercer año habíamos elegido la clase optativa de música, y yo era el único que tocaba un instrumento?

Pensé en el viaje del año anterior a Berlín, en Alemania, que hicimos con la señora Lefleix. (La señora Lefleix es la profesora de alemán, la tengo de vuelta este año). En el programa de ese día se había previsto una visita a uno de los colegios de la ciudad. Entramos a una sala; hay treinta alumnos con su profesor de música, que nos recibe con un saludo cordial e incomprensible. Para darnos la bienvenida, les pide a los alumnos no sé qué cosa, pero bueno, todos obedecen. Cada uno saca de su estuche un instrumento: flauta, violín, clarinete... Una chica se sienta al piano. Los otros se ponen de pie. Y el profesor da la señal de largada, levantando las dos manos a la vez. Comienza entonces un verdadero concierto sinfónico. Como en la Pleyel¹. La perfección. Nos sentimos chiquititos. Hasta yo estaba impresionado. En Alemania, la excepción es, forzosamente, que alguien no toque un instrumento.

Acá, en París, en el Colegio Chaptal, esta mañana, la excepción era yo. El año pasado, tendría que haber aceptado ingresar a una clase especial para músicos, como me había recomendado Amado.

Eché una mirada furiosa a Lionel. Se dio cuenta. Le dijo al profesor, como para justificarse:

—Yo toco el bajo, un poco. En una banda de amigos. Pero no solfeo. Daniel, en cambio, es casi un profesional.

En el aula, se produjo un murmullo alegre. Una especie de risa educada. La de todos los principios de año.

—¿Qué instrumento toca, señor Dhéroul?

—El piano.

—¿Desde hace mucho?

—Sí.

1. La Pleyel es una famosa sala de conciertos que se encuentra en París.

—¿Desde hace más de diez años, profe! —lanzó a mis espaldas Lionel, a quien no le había preguntado nada—. Su padre es músico.

Bricart frunció las cejas negras y guesas, verdaderos acentos circunflejos con un cráneo liso encima, donde se sacuden tres pelos perdidos. Se sacó los anteojos de carey. Era para pensar mejor. De repente, sus grandes ojos de miope se convirtieron en dos bolitas ridículas.

—Espere —murmuró—. ¿Usted acaso es pariente de Jean-Louis Dhéroul?

Con eso, Bricart se estaba luciendo. Porque el nombre de Jean-Louis Dhéroul hay que pescarlo cuando desfila a toda velocidad por la pantalla del televisor. Y sí, Jean-Louis Dhéroul compuso, sobre todo, música para series televisivas. Y también algunos arreglos, como dice. No está muy orgulloso de eso.

—Es mi padre.

Pensé que iba a encontrar en el rostro de Bricart la sonrisita de desprecio habitual. Pero el profesor se volvió a poner los anteojos para declarar a toda la clase, haciendo como si nada:

—Daniel Dhéroul nos muestra el ejemplo clásico de lo que es un músico o un intérprete: suele ser hijo de alguien que se dedica a la música. El padre de Johann Sebastian Bach, el de Mozart, de Beethoven.

—¡El de Jean-Michel Jarre! —agregó Lionel, animado.

—¿Eso significa según ustedes que la música se transmite por los genes? —preguntó Bricart.

Miraba fijamente a Lionel como para invitarlo a responder a la pregunta, y agregó:

—¿Que un hijo de músico tiene naturalmente más talento que otro?

Modesto, Lionel. Veía la trampa en la que necesariamente iba a caer. Quiso ganar tiempo:

—Bueno, tal vez...

—¡Claro que no! —afirmó el profesor—. Significa simplemente que un hijo de músico está inmerso en la música desde su más temprana edad.